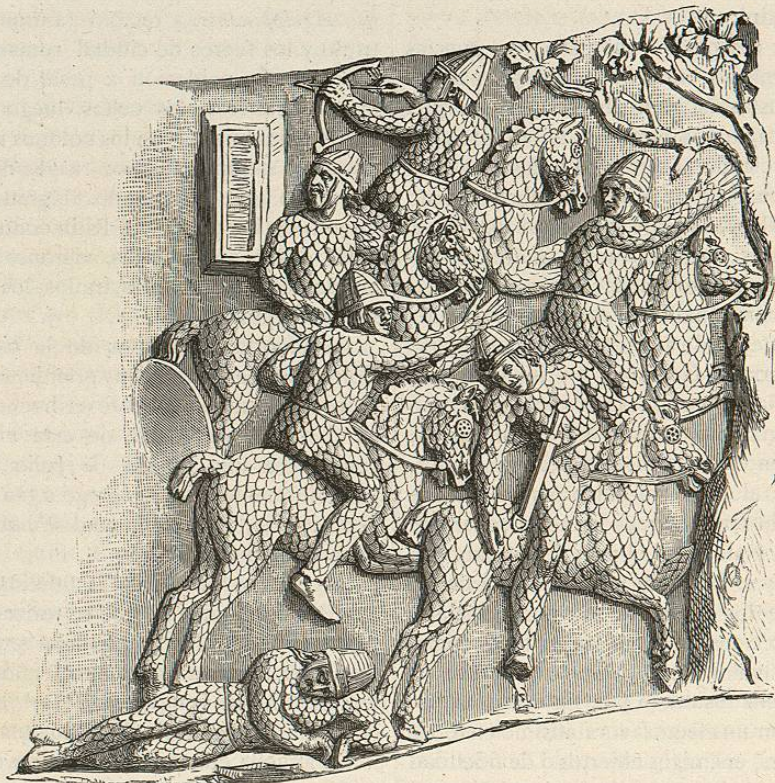


esta sorpresa libertáronse con gran satisfacción de los romanos muchos compatriotas suyos prisioneros de la batalla de Varo, es decir desde 41 años, que como esclavos de sus amos habían tenido que acompañar á estos en su expedición.

El grupo derecho de los vangiones y nemetos tomó el camino recto y al hallarse frente á frente del enemigo aceptó este la batalla en la cual tuvieron los catos aun mayores pérdidas. Ambas divisiones reuniéronse luego, cargadas de

botín, al cuerpo principal mandado por el general junto al Monte Tannus; y los catos tan duramente escarmentados, y temiendo ser atacados por la espalda por los cheruscos, con los cuales estaban en hostilidad constante, solicitaron la paz dando rehenes, y enviaron además una embajada á Roma. El emperador concedió al general legado los honores triunfales «que, dice Tácito, constituyen solo una pequeña parte de su fama póstuma, la cual fundará muchísimo mas en sus



Caballería sármata acorazada, sacado de los relieves de la columna trajana donde figura como aliada de los dacios. Huyendo se vuelven á disparar flechas á sus perseguidores

poesías.» Estos versos se han perdido y nadie los conoce, pero la victoria sobre los catos ha salvado del olvido el nombre de este varón.

Resulta de esta relación también que la alianza entre los catos suevos, y los cheruscos, ingavones, desde el tiempo de Arminio había sido efímera para dar lugar á las hostilidades y odios acostumbrados entre tribus vecinas.

El reino fundado por Itálico, como el de Marobodo y el proyectado y ambicionado por Arminio, eran creaciones prematuras. Así lo demostró de nuevo la caída de Vanio en el año 50 de nuestra era, que había sido instituido por Druso el Menor. Al principio captóse las simpatías y se extendió su fama, pero, como Itálico, se ensoberbeció conjurando contra sí el odio de sus vecinos, y de las facciones enemigas entre los suyos. Los caudillos de sus contrarios fueron Vibilio, rey de los hermanduros, y los mismos sobrinos de Vanio, Vangio y Sido, hijos de su hermana. Las hostilidades y combates llevaban trazas de eternizarse, y buen cuidado tuvo el emperador de no ceder á las peticiones de los beligerantes de imponer con su intervención á ambos partidos la paz. Fiel á la política de Tiberio, contempló con fruición cómo los germanos se degollaban y destruían mutuamente; por lo demás el reino de Vanio no tenía tanta importancia para que Roma saliera de su expectativa, bastando para su honor la promesa del derecho de hospitalidad dada al antiguo protegido de Roma en el caso de que sucumbiera. El presidente de la provincia de Panonia, Publio Atelio Hister, recibió

órden de limitarse á colocar en la orilla romana del Danubio una legión y tropas auxiliares escogidas y sacadas de la misma provincia con el objeto de evitar la destrucción total del vencido y tener en jaque al vencedor, á fin de que ensoberbecido por su victoria no le ocurriera hacer una incursión en territorio romano y turbar su tranquilidad. En efecto, era grandísimo el número de los bárbaros asociados para la destrucción de la monarquía y el saqueo de las riquezas que Vanio había acumulado en los treinta años de su reinado, ya de botín de guerra ya de contribuciones. El ejército suevo nacional se componía de guerreros de infantería: la caballería se reclutaba entre los sármatas, esto es, los yazigios. No llegando ni con mucho las fuerzas del rey á igualar á las del bando contrario, limitóse á defender sus castillos y prolongar así la guerra todo lo posible. El mal era que los jinetes yazigios no podían tenerse encerrados con sus caballos en una plaza sitiada y así solían acampar fuera y correr por el llano; allí los embistieron los hermanduros y lugios, y en la imposibilidad de recogerlos el rey en el interior del castillo hubo de salir con sus tropas para auxiliar á su caballería, entablándose luego una batalla campal de éxito aciago, pero de grandísima fama para el rey, que buscó lo mas espeso de la pelea y recibió varias heridas en el pecho. Pudo al fin salvarse á bordo de la escuadra romana del Danubio que se había aproximado para recibirle, como igualmente á los muchos parciales suyos á quienes el emperador estableció en la Panonia. Vangio y Sido dividieron entre sí el reino de su

tiempo, viniendo de este modo á ser para Roma menos peligrosos que este; y como Tácito los elogia por sus simpatías hacia Roma, puede admitirse que la política del imperio debió de tener alguna parte en la revolución. No se escaparon sin embargo Vangio y Sido del destino que habían tenido Itálico y Vanio, de ser al principio muy bien quistos y luego odiados, «fuese, dice el historiador latino, consecuencia de su carácter ó de la esclavitud;» queriendo con esto decir que el esclavo cuando adquiere poder y riqueza abusa de ellos. Reyes protegidos de Roma, y que esta acaso calificaba de esclavos, no podían ser muy del gusto de los pueblos que estaban destinados á regir. Sin embargo, diez y nueve años despues se cita todavía á Sido como rey de los suevos, y con él en la misma calidad á Itálico, probablemente hijo de Vangio que como su tocayo, el sobrino de Arminio, había sido educado en Roma quizás como rehen. Al parecer era Itálico un nombre favorito para germanos educados á la romana.

Despues de estos sucesos hubo una pausa en las guerras interiores de la Germania. Teniendo los lugartenientes prohibido atacar á los germanos, habiendo perdido mucho de su mérito las insignias del triunfo por el abuso que se había hecho de ellas, y sabiéndose por la experiencia de Corbulon que el gobierno no permitía siquiera explotar las ventajas obtenidas ya, prefirieron los generales buscar su gloria en la conservación de la tranquilidad.

Mandaban entonces en el Rhin Publio Pompeyo y Lucio Veto. El primero empleó los soldados, á fin de evitar las consecuencias de la inactividad, en la construcción y conclusión del dique empezado por Druso 36 años antes, y destinado á evitar las inundaciones; y el segundo proyectó y preparó un canal para unir el Mosela y el Saona (Araxis) y hacer pasar las provisiones desde la Italia al Mar del Norte sin las grandes dificultades del transporte existentes entonces. El plan era que pasaran desde Italia por mar al Ródano, de éste al Saona, desde allí por el nuevo canal proyectado al Mosela, de este río al Rhin y por último al Mar del Norte.

Tuvo envidia de esta grande empresa Elio Gracilis, vecino de Veto en el mando como legado imperial que era de Bélgica, y le amonestó que no hiciese penetrar sus legiones en otra provincia distinta de la que tenía á sus órdenes, ni tratara de captarse la amistad de los galos, si no quería exponerse á disgustar al emperador. «Así, dice Tácito, se suelen ahogar grandes empresas antes de nacer.»

Tan prolongada paz dió lugar á que los germanos se figurasen que los legados imperiales habían perdido para siempre la potestad de llevar las legiones contra los enemigos, y que los emperadores, por no fiarse de sus generales, se habían reservado exclusivamente este derecho. En su consecuencia, los frisonos, que ya no debían de caber en su limitado territorio, determinaron extenderse por aquellos distritos del Rhin que habían servido antes de base á las operaciones militares de Roma, que estaban aun bajo su dominio, y que si bien desiertos entonces se reservaban para las necesidades militares que pudiesen ocurrir. Quizás los dos jefes de los frisonos Verrito y Malorico, á quienes Tácito llama reyes, estuviesen en la creencia de que el imperio había abandonado este territorio ó que no hacía ya caso de él, ó que no saldría de su sistema de paz por tan poca cosa. Se trasladaron pues á él sus hombres válidos pasando cautelosamente por bosques y pantanos, y los que no podían resistir tan penosas marchas fueron pasados en embarcaciones remolcadas desde los bajos. Ya habían construido chozas, hecho la siembra y establecido como en su patria cuando lo supo Dubio Avito, el nuevo lugarteniente y sucesor de Pompeyo en el mando de la provincia de Germania Baja, y protestó en seguida contra esta invasión, intimando á los

intrusos so pena de hacerles salir con las armas, que evacuasen el territorio y volviesen al suyo en caso de no lograr un permiso especial del emperador para quedarse.

En vista de esto determinaron Verrito y Malorico pasar á Roma y solicitar este permiso personalmente. Encontraron á Nerón ocupado en otros asuntos y hubieron de aguardar algún tiempo para tener audiencia, durante el cual les enseñaron los romanos las cosas mas notables de la capital, como solía hacerse con los bárbaros para imponerles respeto. Así los llevaron también al teatro de Pompeyo, donde se informaron de quiénes eran los personajes que les llamaban la atención, en qué se distinguían los senadores y los caballeros, etc.; y notando algunos sujetos con aire y vestimenta extranjera ocupando asientos en las hileras de los senadores, preguntaron también quiénes eran, á lo cual se les contestó que eran embajadores de un pueblo valiente y amigo de Roma que les honraba con esta distinción. Entonces dijeron que no existía pueblo alguno que ganara á los germanos en valor y fidelidad, y acto continuo abandonaron sus asientos y se fueron á ocupar otros entre los senadores también. El público aplaudió este arranque de noble orgullo.

El emperador no les concedió el permiso que solicitaban, pero dió la ciudadanía romana á los dos caudillos con la órden de evacuar el país que había ocupado su pueblo.

Cuando estuvieron de regreso no obedecieron y entonces se les arrojó á la fuerza enviando contra ellos caballería de tropas auxiliares, la cual mató á los que ofrecieron mas resistencia y otros fueron hechos prisioneros y llevados á servir de esclavos. No por esto hubo tranquilidad en aquellas comarcas. Llegaron los amsivaros arrojados de su territorio por los caucos y se establecieron en aquellas tierras desocupadas. Eran segun Tácito un pueblo mas poderoso que los frisonos, y lo que los hacía mas peligrosos era la disposición favorable de las tribus germánicas próximas inclinadas á auxiliarlos por compasión, atendida su triste situación que les obligaba á marchar en busca de un pedazo de tierra donde vivir y establecer una nueva patria. Había entre ellos un hombre muy adicto á Roma y de gran prestigio entre todos aquellos pueblos, que se llamaba Boyocal. A fin de que les dejasen vivir en la comarca hizo valer este hombre que por ser adicto á Roma había sido aherrojado por órden de Arminio en la época del levantamiento de los cheruscos; que despues había servido en los ejércitos romanos bajo las órdenes de Tiberio y de Germánico, y que á la sazón pensaba coronar sus 50 años de fidelidad comprobada á Roma, sometiendo su pueblo al imperio; que si este consintiese en dejarlos vivir en los distritos donde estaban, quedaria todavía muchísimo terreno inculto sobrante para apacentar los rebaños y ganado de tiro de las legiones, á cuyo fin el gobierno romano podía reservarse los terrenos necesarios, como se los reservó en la tierra llamada del diezmo, y situada cerca del Alto Rhin. Luego añadió que permitiesen á su pueblo alojarse con sus rebaños en la proximidad de otros hombres, y que Roma se convencería de que valia mas tener por vecino un pueblo amigo que un desierto; que el cielo estaba destinado para morada de los dioses, y la tierra para habitación del hombre, y que país desierto no tenía dueño. Dicho esto levantó la vista al cielo, é invocando al sol y demás astros para que fuesen testigos de la negativa de los romanos á su justa petición, les preguntó si preferían mirar desde el firmamento países deshabitados ó habitados; y les imprecó para que ordenasen al mar que rompiera sus diques y cayera sobre los romanos que querían toda la tierra para sí. ¡Qué acertada esta última sentencia! ¡Qué presagio en boca de un germano!

No dejó de impresionar á Avito este discurso, lamenta-



cion de un pueblo que no tenia donde existir, negándosele hasta los terrenos desocupados; pero hubo de contestar que no habia mas remedio que someterse á lo que los superiores disponian; que eran justamente los dioses invocados por el germano, los que habian dispuesto que Roma fuese el único árbitro en la tierra de tomar para sí el terreno que creyera conveniente, y dar á los otros lo que buenamente quisiese; y que no reconocia juez ninguno en esta materia fuera del gobierno romano.

Reconocidos ó no, no faltaron jueces á Roma cuando llegó su hora, y estos jueces fueron los mismos germanos; pero antes hubieron de pasar algunos siglos mas, durante los cuales Roma les aplicó la horrorosa teoría de ser ella el único dueño de la tierra; y por lo pronto fueron victima de esta teoría los pobres amsivaros.

Avito al negar la solicitud ofreció á su jefe territorio para él en recompensa de su antigua y constante fidelidad; pero Boyocal no quiso aceptarlo, por parecerle este regalo una paga de la traicion que haria á su pueblo, y dijo al general: «Nos podrá faltar tierra para vivir, pero no nos faltará donde caer muertos;» y así se separaron como enemigos.

Sabiendo la suerte que les aguardaba los amsivaros pidieron sin mas tardar el auxilio de los brúcteros, teucteros y otros pueblos mas distantes. Avito no se precipitó: mandó una carta al legado de la Alta Germania romana, Curtilio Mancia, ordenándole que pasase el Rhin y amenazara á los enemigos por la espalda, mientras él se echó con sus legiones sobre los teucteros conminándoles con el exterminio si no se separaban de la causa de aquel pueblo ambulante. Así lo hicieron; y empleándose el mismo procedimiento despues con los brúcteros y luego con los demás pueblos, quedaron aislados los amsivaros, sin mas recurso que volver atrás al país de los usipios y tubantes. Expulsados de todas partes pasaron al país de los catos, y de allí al de los cheruscos, siempre errantes y miserables, hoy admitidos hospitalariamente, mañana rechazados como enemigos, y así sucumbieron poco á poco sus hombres válidos, y los demás acabaron por ser repartidos como esclavos. Esto refiere Tácito; acaso exagera tocante á la desaparicion completa del pueblo, pero no deja de presentar este relato melancólico un cuadro del destino de los pueblos germánicos que en aquella época quedaban sin patria. La política desapiadada de Roma, la presion que ejercia sobre una parte de los germanos, el antiguo odio al extranjero á quien Roma negaba todo derecho y la falta creciente de tierras donde vivir, debieron necesariamente influir en tales emigraciones: de aquí el aniquilamiento á que su triste suerte condujo á tantos pueblos emigrantes; de aquí los ataques violentos de los germanos, precisados á luchar, no ya por la dominacion ni por el botin, sino por la existencia.

Los romanos pudieron gozar por mucho tiempo el espectáculo de las luchas cruentas é intestinas del pueblo germánico, pues al antiguo odio ó por lo menos antagonismo entre las razas de la alta y baja Germania, se unieron las cuestiones de frontera causadas por la estrechez del terreno y el aumento de poblacion.

En el verano del año 58, cuando los amsivaros se trasladaron del territorio de los catos al de los cheruscos sus antiguos enemigos, los catos libraron una grandísima batalla contra los hermanduros, es decir suevos contra suevos, ó herminones contra herminones. El motivo de esta encarnizada guerra fué un rio que separaba ambos territorios, quizás era el Saale de Franconia, rio que nacia de unos manantiales preciosos por la mucha sal que llevaban, circunstancias que concurren en las fuentes cerca de Kissingen. A mas del valor de la sal, entonces mineral rarísimo y muy disputado

fuera de las costas, y probablemente por esto mismo, estos manantiales desde remotos tiempos estaban considerados como sagrados, y asimismo el sitio donde nacia. Creian los bárbaros que allí moraban los dioses invisibles, y que allí escuchaban de mas cerca las súplicas de los hombres. Obtenian los habitantes de allí la sal echando el agua sobre una hoguera. Tácito supone muy erróneamente que el rio mismo era salado.

Reuníanse, pues, en este caso tres motivos de contienda: el carácter sagrado del sitio, la ventaja de la sal y el ser frontera, y esto sin contar la violencia propia de los bárbaros que los impulsaba á zanjar sus diferencias por medio de la fuerza.

Vencieron los hermanduros, los cuales sacrificaron todos los vencidos, hombres y caballos, á sus dioses, practicando en los catos el voto que estos habian hecho á los dioses Ciu y Vodan, de sacrificarles todos los enemigos en cruento holocausto si les daban la victoria.

Fué notable este mismo año en el distrito de Colonia por una plaga de fuego, que dió lugar á toda clase de conjeturas sin resultado. No se sabe si fué efecto de un volcan, ó de una inflamacion de terrenos turbosos ó de otra causa mas vulgar. Lo cierto es que destruyó quintas, sembrados, aldeas y penetró hasta dentro de la ciudad de Colonia; no pudo apagarse con el agua del rio ni con ninguna otra, resistiendo aun á los fuertes aguaceros, hasta que los labradores desesperados no sabiendo ya qué hacer, arrojaron desde lejos piedras al fuego, y acercándose á medida que disminuía, acabaron con él deshaciéndolo con palos y aun ahogándolo con sus ropas. Así lo refiere el historiador latino.

En los años que siguieron recibió el imperio violentas conmociones con el rápido cambio de los emperadores Nerón, Galba, Oton y Vitelio, en cuyos sucesos desempeñaron un papel principal los dos ejércitos romanos y las tropas auxiliares germánicas, sobre todo los bátavos, estacionados en la Alta y Baja Germania romana. Las relaciones que tenemos de estos sucesos arrojan muy interesante luz sobre el carácter de estos germanos y sobre sus relaciones con las tropas legionarias. Estaban siempre reñidos con ellas, y las colisiones y reyertas sangrientas por los motivos mas fútiles eran frecuentísimas, dando no poco trabajo á los generales para apaciguarlas.

Los bátavos, que veian debilitarse el imperio en guerras civiles, se jactaban en presencia de los legionarios de que con su valor habian hecho entrar en órden á cohortes romanas amotinadas; de que habian arrancado la Italia á Nerón y decidido el éxito de la guerra. Irritáronse las legiones de tantas alabanzas; fué menester la intervencion del general para evitar graves disgustos, y apenas concluida la guerra, licenció á los bátavos para evitar las explosiones de su carácter pendenciero, del cual habian dado ejemplo en Turin. Allí un bátavo persiguió á un artesano con las peores amenazas porque pretendia que le habia engañado; el artesano pudo llegar á su casa, de donde salió á su defensa el legionario que tenia alojado; y sobre esto se armó con los bárbaros una sangrienta contienda hasta que acudieron dos cohortes pretorianas en favor de los romanos y lograron hacer cesar el combate.

Estos eran ya los primeros síntomas del peligro grave que amenazaba al imperio por querer servirse de la fuerza de los mercenarios germánicos. Esta fuerza de una raza bárbara era un motivo continuo de admiracion para los romanos; entusiasmábanse al ver á los germanos arrojarse con gran algazara á un rio para atravesarlo á nado, exponer con temerario y jactancioso desprecio de la muerte sus gigantescos y desnudos cuerpos á las picas de los legionarios, alzar

por encima de sus cabezas y entrechocar sus colosales escudos entonando sus cánticos guerreros, ó cuando los veian cubiertos de pieles de las fieras de sus selvas ó con sus larguissimos dardos y venablos en la mano llenando el Foro romano. Los germanos en el ejército de Vitelio eran para sus contrarios la tropa mas feroz, bien que se consolaban con la esperanza de que el calor del verano italiano daria buena cuenta de aquellos cuerpos desmesurados, como sucedió en efecto con los que estaban acampados con los galos del Norte á orillas del Tiber, cuyas malas condiciones de salubridad aumentaron ellos mismos con sus excesos y con el abuso de los baños en el rio.

Quando en el año 69 de nuestra era se despedazaron los ejércitos romanos en la guerra interior entre Vitelio y Vespasiano, se habian pronunciado á favor de este último las legiones acantonadas en la Panonia y la Mesia; pero los jefes, antes de consentir que fuesen á Italia para pelear allí contra los partidarios de Vitelio, tuvieron cuidado de no dejar aquellas provincias sin defensa y expuestas á invasiones de los bárbaros ó á alguna sorpresa de parte del bando contrario. Ofreciéronles sus servicios los jefes yazigios, dispuestos á mandarles su caballería; pero no se admitió su ofrecimiento, temiéndose que estas bandas de mercenarios se pasarían por cualquiera recompensa al partido del otro pretendiente, si este se la ofrecia. Celebróse un convenio con los dos reyes suevos Itálico y Sido, cuya historia ya hemos referido, y cuya fidelidad era probada. En su consecuencia se mandaron las tropas suevas con un cuerpo de caballería romana ó sea el escuadron auriano, ocho cohortes, romanas tambien, y las milicias de la Nórica, á tomar posiciones en la orilla oriental del Inn que formaba la frontera entre la Nórica y la Retia, á fin de observar y en caso necesario rechazar al lugarteniente (procurator) imperial que habia tomado partido por Vitelio; mas no hubo ataque por ningun lado, pues que la guerra civil se debia decidir en Italia. Tal vez los dos reyes con gente escogida de sus pueblos ó por lo menos con su respectiva guardia acompañaron al ejército de Vespasiano al cruzar los Alpes: en la sangrienta batalla de Cremona que decidió en favor de Vespasiano la suerte de la guerra, combatieron algunos de ellos en primera fila. En el ejército de Vitelio combatieron igualmente germanos y durante toda esta guerra fué grande el temor que hubo de que Vitelio sacase nuevas fuerzas de la Germania rhiniana.

La profunda convulsion que habia experimentado el imperio de resultados de la rápida sucesion de cuatro emperadores, tuvo por epilogo un movimiento por demás peligroso en la Galia y en la parte romana de la Germania. Habian observado los celtas y germanos los sangrientos efectos que la division interior habia producido en el poderoso imperio, que hasta entonces habia fomentado este medio de destruccion solo entre los bárbaros. Para formarse una idea de los tristes efectos morales que las guerras de partido produjeron en el pueblo romano, basta considerar la incomprendible indiferencia con que se recibieron en la exhausta capital las noticias de los terribles reveses que sufrieron el honor y las armas romanas en la Galia y Germania con el levantamiento de los bátavos, acaudillados por Julio Claudio Civilis, los cuales degollaron ejércitos enteros, destruyeron campamentos de invierno de las legiones, tomaron por asalto importantes fortalezas y produjeron la insurreccion de la Galia.

Al principio de esta obra hemos visto que los bátavos, rama del pueblo cato, arrojados de su país por contiendas interiores, se habian fijado en los últimos distritos inhabitados de la Galia, entre los diferentes brazos, bancos de arena y embocaduras del Rhin, y muy particularmente en el terreno comprendido entre el verdadero Rhin y el otro brazo

llamado Waal, en forma de isla, y que efectivamente se llamó despues la isla bátava. Allí habian sido sometidos hasta cierto grado y vivian como dependientes y aliados de Roma, sin ninguna clase de humillacion, antes bien se los trataba con mucha atencion, exigiéndoles como único tributo sus contingentes, que consistian en caballería, mandada por sus jefes naturales. Estas tropas auxiliares eran, como todo el pueblo, célebres por su extraordinario valor, habiéndose comportado brillantemente en todas las guerras contra los germanos y recientemente en la Bretaña. Era el pueblo bastante numeroso para tener además de los contingentes en campaña, cuerpos de caballería escogida en el país, y en todas partes eran conocidos como hábiles nadadores. En su país atravesaban montados en sus caballos la ancha corriente del Rhin, y de consiguiente con igual y mas facilidad el Elba, el Po y el Támesis; pero la codicia, los vicios y la depravacion de los funcionarios romanos acabaron tambien por enajenar al imperio las simpatías de tan valiosos aliados, como antes habia sucedido con los frisones. La fermentacion creció paulatinamente hasta estallar en una sublevacion, tanto mas peligrosa, cuanto que al propio tiempo se encontró un hábil jefe entre ellos que supo excitar el rencor tanto tiempo detenido y dirigir con suma destreza el movimiento.

Entre todo el pueblo bátavo distinguíanse del resto de sus compatriotas por sus cualidades y descendencia de la antigua familia real los dos hermanos Julio Paulo y Claudio Civilis. En Plutarco y algunos pasajes de Tácito se llama á este último tambien Julio Claudio Civilis. El primero murió en el patíbulo, acusado falsamente de alta traicion en el reinado de Nerón, y el segundo se habia visto varias veces muy cerca de sufrir la misma aciaga suerte en las luchas de partido de los últimos años. Primero fué enviado entre cadenas á Roma á disposicion del mismo Nerón; pero en aquel momento subió Galba al trono y le puso en libertad por prudencia á fin de no irritar al pueblo bátavo, tan celoso de su dignidad, con la ejecucion de uno de sus hijos mas influyentes. Despues, en tiempo de Vitelio, se vió en igual trance; de modo que le sobraban motivos para odiar al imperio y querer basar sobre su ruina y desgracia su propio bienestar. Esto sin hablar de las muchas razones que tenia todo el pueblo para pensar como él.

Prudente y sagaz como era, y «mucho mas de lo que suelen ser los bárbaros», dice Tácito, acordóse de las pasadas tentativas desgraciadas de otros pueblos para sacudir el yugo romano, y juzgó indispensable ante todo ocultar sus planes y manejos á fin de no verse atacado desde el primer golpe por todo el poder romano en abierta lucha. Para esto le sirvió de mucho la guerra civil entre Vitelio y Vespasiano. Fingiéndose desde luego partidario de este último, y retuvo las tropas levantadas por Vitelio, con el pretexto de poderlas emplear para sofocar rebeliones que amenazaban estallar en la Germania romana. De este modo ocultaba su plan; estaba á la mira de los sucesos, y preparaba para la ocasion á sus compatriotas, que la esperaban con ansia, exasperados como estaban con las extralimitaciones y los abusos que los jefes romanos acababan de cometer en el reclutamiento reciente ordenado por Vitelio.

Este tributo de sangre ya por sí muy oneroso por las grandes levas de hombres robustos que Roma en los últimos años de guerra habia impuesto á todos los pueblos dependientes del imperio, habia llegado á ser del todo inaguantable por la codicia de los funcionarios que alistaban gente anciana é inútil, únicamente para sacar crecidas sumas de rescate.

Lo que mas encolerizó á aquel pueblo bárbaro y sencillo